



## ENSAYO SOBRE EL DISCURSO POLÍTICO OFICIAL EN CUBA. COMPARACIÓN EN DOS TIEMPOS

Mauricio ÁLVAREZ ARCE<sup>1</sup>

“...al final siempre la luz deja  
sobre la pared un ojo de eterno  
recomenzar, un ojo que tiene  
algo de semilla, de diamante,  
de meteorito...”

J. LEZAMA LIMA

A 50 años del triunfo de la Revolución del 1o. de enero de 1959, múltiples son los análisis y valoraciones que ha suscitado el proyecto socio-político cubano. Partidarios, oponentes y disidentes, disputan, todavía a estas alturas, la validez, viabilidad y consecuencias que ha provocado la existencia de una sociedad “diferente” y auto invocada como socialista a sólo 90 millas de la principal potencia hegemónica de los últimos dos siglos: Estados Unidos.

La naturaleza de los cambios operados en este lapsus de tiempo, requiere de una visión integral de las condiciones y las causas que sustentan la singularidad del proyecto político socialista cubano, desde mi juicio, apoyado en tres ejes esenciales: la afirmación de la soberanía nacional, la justicia social y el desarrollo económico *suficiente*.

<sup>1</sup> Licenciado en psicología. Maestro y candidato a doctor en Ciencias Sociales. FLACSO-Sede México.

En función de aportar al esfuerzo por dilucidar la complejidad que supone dar cuenta de los aspectos más relevantes de la discusión alrededor de la primera revolución socialista en el hemisferio occidental, el análisis que prosigue a estas líneas se concentra en el tema de las prácticas discursivas que desde el poder formal legitiman en el imaginario social la representación del poder político.

Una segunda pretensión fue la inquirir sobre cómo se relaciona el cambio discursivo en la coyuntura con el fundamento doctrinal que legitima el modelo político.

El análisis de estos ejes articulatorios del discurso político oficial se estableció desde dos etapas diferenciadas, la primera que comprende los años 1985-1988 denominada Proceso de Rectificación, subsiguiente a lo que se denomina etapa de construcción socialista y la segunda que se establece a lo largo de la década de los 90 hasta aproximadamente el año 1997, identificada como de “Crisis-Resistencia-Reforma”.

El análisis comparativo de estos momentos nos permite establecer puntos de inflexión importantes en relación con los núcleos articulatorios propuestos, que confirman nuestra hipótesis de que a pesar de la evidencia de una transformación discursiva se mantiene estable el fundamento doctrinal del discurso sosteniéndose el imaginario que legitima el modelo político cubano.

De esta manera, la definición de la Nación se desplaza desde la proyección socialista del sistema político hacia la idea de resistencia y sobrevivencia de la existencia de lo Nacional como condición de lo Socialista en los complejos escenarios que impuso la crisis económica y la desaparición del campo Soviético-Esteuropeo. Esta traslación de la construcción socialista nacional a la resistencia para la sobrevivencia de la Patria y del modelo político fue posible dentro de los valores orgánicos que sustentaba el fundamento doctrinal, cuyos componentes apelaban al derecho a la autodeterminación y la defensa de la soberanía.

En la definición de la justicia y la igualdad social la inflexión se produce alrededor de que en la primera etapa se plantean

como metas consolidadas y susceptibles de ampliarse en sus niveles, mientras que en la segunda etapa se separan como conceptos para insertarse en un esquema de preservación básico y limitado de gratuidades y accesos específicos. Pero desde el fundamento doctrinal no se renuncia a sus valores y se mantienen como aspiración del modelo político escogido.

En sus referencias al Estado el discurso político oficial va a complejizarse. En la etapa del Proceso de Rectificación, el Estado aparecía enunciado junto al partido y el pueblo, para denotar su hegemonía, poder y presencia en todos los órdenes de la sociedad. Se privilegiaba su connotación socialista y sus funciones contaminaban e indiferenciaban los roles específicos de los actores sociales pertenecientes al conjunto de la sociedad.

En la década de los 90 se va a privilegiar la relación Estado-pueblo, para resaltar una conexión identitaria común que va a legitimar el rol de las clases políticas dirigentes y sostener su credibilidad como garante del pacto social. Se aceptan sus limitaciones, pero junto al partido constituye el Estado el espacio capaz de sostener la unidad y la cohesión social, además de representar en su existencia la preservación de la soberanía y las conquistas revolucionarias anteriores sobre la justicia social.

Desde el fundamento doctrinal su rol no se modifica sustancialmente y se mantiene como la estructura hegemónica por la que se conducen la mayoría de los mecanismos de la regulación social y la promoción y formación de los valores del orden moral

Si en la segunda mitad de la década de los 80 la definición del proyecto y la meta social se articulaban en torno al perfeccionamiento de la construcción del socialismo nacional y sus imágenes se proyectaban hacia el futuro. En la década de los 90 estos objetivos se van a postergar y la consigna del momento será la de resistir. El presente y el pasado revolucionario constituirán los universos temporales en los que paradójicamente se preservará la garantía del futuro.

En el fundamento doctrinal esta modificación en los planes de orientación destacará la capacidad supra-temporal de la re-

volución para constituirse en fuente vital de construcción de los destinos nacionales.

En relación a los elementos que definen la identidad desde la alteridad, las modificaciones sustanciales ocurren en torno a la definición de aliados, cuyo inventario se amplía a socios capitalistas, depositando en un segundo plano los requisitos de carácter ideológico para privilegiar los que emergen de las necesidades económicas del país. Las alianzas se establecerán sobre la base del respeto a la soberanía nacional y el derecho de autodeterminación que se traduce en legitimación del modelo político. En ocasiones estos socios desde un ángulo político serán presentados como terceros.

Continuará ocupando la figura principal de enemigo las elites políticas del gobierno norteamericano y los opositores políticos que se presentan como aliados de la potencia extranjera.

Cobrará un nuevo sentido el movimiento de solidaridad internacional con el modelo político cubano, ampliando los espacios de inserción de grupos que poseen una definición ideológica menos “dura”, aunque caracterizados dentro de los rasgos del arco progresista internacional.

En relación a la identidad en sus autodefiniciones, se apelarán a los valores primarios concebidos desde el nuevo orden moral instaurado por el régimen político revolucionario, la definición de sí mismo se articula al nosotros para enfatizar el compromiso con la soberanía y la independencia de la nación, la sobrevivencia del legado de los héroes nacionales y la fidelidad como valor hacia las figuras y los objetos que expresan la existencia nacional. A diferencia del periodo 1985-1988 serán los valores considerados nacionales los que con más fuerza remitirán a la legitimidad de la identidad de los actores políticos del presente.

En sus espacios de inclusión el discurso político oficial intentará establecer un carácter más integrador ampliando sus marcos en un contexto donde el impacto de la crisis tiende a segmentar la estructura social. Los grupos más afectados por este cambio son los que representan al sector de los religiosos y los emigrados.

En el caso de los religiosos se eliminarán las regulaciones que orientaban buena parte de las prácticas que los marginaban de su participación política y prejuiciaban su inserción social.

En el caso de los emigrados la producción discursiva va a diferenciar entre los opositores políticos, que conservan su carácter peyorativo como aliados de una nación extranjera y los emigrados por razones económicas, que se insertarán en un esquema de tolerancia y acercamiento, pero a los que no se les reinserta en los derechos plenos de la ciudadanía.

La relación con otros grupos de la estructura social se matizará a partir de distinguirlos en el conjunto de lo social, visión que en la década de los 80 era subyugada desde una intención homogenizadora. No obstante sus accionares se encontraran limitados por el veredicto moral que desde la clase política se establece en función de valores como la solidaridad, la conciencia colectiva, la lealtad hacia los principios fundadores de la nación y la adscripción al modelo político en general.

Grupos sociales emergentes como los trabajadores por cuenta propia serán admitidos y tolerados, pero su existencia es interpretada como una consecuencia de la crisis y son percibidos como un riesgo a futuro que alimenta la diferenciación social y reta la capacidad de distribución y los valores morales del orden social concebido por el Estado.

Los riesgos y las amenazas que se construyen desde el discurso político oficial, giran fundamentalmente en torno a la quiebra del sistema político, la lesión de sus principios morales y la existencia misma de la Nación. Son percibidos en aumento durante la década de los 90 y ya no girarán en torno a las tendencias “negativas” que en la construcción socialista se generan como se definieron en el periodo de 1985-1989.

Las fortalezas del modelo se establecen desde su capacidad de movilización social, el sostenimiento del consenso mayoritario y la superioridad de sus disposiciones morales.

Las relaciones entre pasado-presente-futuro en el imaginario simbólico construyen una relación dialéctica, circular, que ratifi-

cará la credibilidad del mito revolucionario y no presentará sus prácticas en un nivel disonante. La recurrencia a una sola historia del desarrollo nacional, cuyos objetivos y demandas sólo pueden cristalizar desde los moldes del modelo político socialista impide el cuestionamiento interno de las opciones y/u orientaciones que logran conducir la totalidad del sistema social.

Los conceptos de patria/revolución/socialismo se solapan y encuentran una interconexión estrecha que no admite el ejercicio de crítica sobre un elemento sin afectar todo el conjunto, lo que a su vez determina los límites de pertenencia y participación social polarizando el debate sobre la Nación entre independencia/soberanía/ *vs* dependencia/colonización.

Las transformaciones operadas en el discurso político oficial si bien tratan de contener los principios y objetivos que se establecen desde el imaginario político, no atenúan los conflictos que en términos de representación social alimentan las contradicciones internas en relación al modelo político.

Sus estatutos acerca de una conciencia moral colectiva, que privilegia los intereses sociales por encima de los individuales, se enfrentan a la necesidad de implementar formas de mercado que paradójicamente invierten la ecuación.

El discurso sobre la igualdad y la justicia social, que se genera desde una concepción igualitaria, resulta lesionado cuando desde ese mismo esquema se reconoce la incapacidad del Estado para regular adecuadamente la distribución de los consumos y las oportunidades.

La superioridad del orden moral configurado es cuestionada cuando resulta constante la aparición de fenómenos como la corrupción y la apatía social, que intentan resolverse desde la actualización de las capacidades movilizativas y el control social.

De manera general la inspiración que guió el análisis expuesto trató de articular una elaboración crítica de una experiencia discursiva, tratando de localizar sus nodos principales con el objetivo de presentarlos y problematizarlos.

No se trata de un estudio completo de las relaciones internas que articulan la sociedad cubana, más bien la presentación de

una perspectiva de análisis que pudiera complementar este esfuerzo.

En lo personal recomendaría la ampliación del análisis retomando como fuente a otros productores de discurso y ampliando las etapas temporales donde estos se proyectan.

La experiencia política cubana sigue siendo excepcional, la capacidad de sobrevivencia demostrada por el modelo político cubano junto a su efectividad discursiva y la estabilidad de sus fundamentos doctrinales lograda hasta el momento, constituyen un punto a tomar en cuenta en la futura evolución de esta experiencia social.

La omisión de sus contradicciones y dinámicas alejarán la posibilidad de encontrar después de un esfuerzo que dura ya 100 años, la realización del bienestar desde la diversidad y riqueza de su sociedad.

